



LOS DOS HERMANOS.

CRÓNICA DEL SIGLO XVI.

CUANDO el luteranismo, nacido en Alemania, vino á hacer irrupcion sobre el mundo cristiano, el cristianismo se levantó á toda su altura, para oponerse á la invasion. Primero fué una guerra de palabras, y los campeones se armaron de bulas de

proposiciones y contraproposiciones; pero no tardaron la pluma y la palabra en verse reemplazadas por el morrion y la espada, la tinta se convirtió en sangre, y la lucha se organizó. Fué una guerra encarnizada, guerra de creencia á creencia, sin piedad, ni perdon. Las distinciones nacionales, los enconos de pueblo á pueblo desaparecieron: ya no habia Franceses, ó Ingleses, Alemanes ó Daneses, Españoles ó Flamencos; no hubo mas en el centro de la Europa, ardiente hoguera donde se encendia esta gran contienda, que dos naciones, catolicismo y reforma; dos pueblos, católicos y protestantes. Desde la cima de los montes Krapaehs á las orillas del Atlántico, desde los Alpes al Báltico, todo se conmovió, todo se arruinó; y el gran drama religioso tuvo una escena en todos los ángulos del cuadro de las naciones civilizadas, excepto en la España, que permaneció firme en sus creencias.

A esta época es menester referirnos. Nos suponemos en el 1.º de marzo del año 1562 en un viejo castillo de los Países Bajos á algunas leguas de Gante. El sol pálido que ha alumbrado todo el día, acaba de despedir sus últimos rayos de luz, y alumbrá muy débilmente una espaciosa sala de aquel castillo gótico. En ella estan rezando una mujer y un jóven, ambos de rodillas sobre las baldosas.

—Dios mio, dijo la madre, cuya oracion, mental al principio, se formulaba en fin en alta voz; Cristo, divino Redentor, ten piedad de una pobre madre enferma y afligida. Echa una mirada de misericordia sobre su hijo el mayor, Alberto de Guzman, y no le abandones en tan peligrosos tiempos.

—*Amen!* respondió el jóven arrodillado al lado de su madre.

—Tú sabes, divino Salvador, que nunca he desertado yo de tu creencia, ni he faltado nunca á la observancia de tus preceptos santos; no ignoras con el esmero que he sembrado la moral en el corazon de mis hijos, como el menor que está presente, Juan de Guzman, ha aprovechado... Pues bien, por todo esto yo te pido, ó Dios mio, no permitais que mi Alberto entre en los caminos de perdicion; que lo traigais al lado de su madre, firme é imperturbable en su fé, y separarlo del trato de los reformistas, con que sospecho se acompaña!

—*Amen!* respondió tambien el Guzman rezando con fervor levantándose despues de haberse persignado. Dios haga que no tengais nunca que maldecir á mi amado hermano!

—Oh! lo presiento, replicó la madre despues de haberse sentido; conozco que no tendria ánimo para maldecirlo... y sin embargo, cuál es su conducta hace tres meses?...

—Todavía no es mas que una presuncion, madre.

—En vano querrias restituir la calma á mi corazon con tus palabras consoladoras, Juan; una madre no se equivoca; sabe

adivinar lo que un hijo la oculta. Después de todo ese tiempo que te he dicho ¿has visto tu á Alberto permanecer mas de un día con nosotros? Cómo esplicas tú esas largas ausencias y ese aire sombrío y taciturno cuando vuelve á sentarse á nuestro hogar?

—Quizás un pensamiento secreto....

—Sí, sin duda, Juan; sí, un pensamiento de eregía y de rebelion, eso es lo que le ocupa. No recuerdas que el mensagero del conde de Egmont se ha detenido en esta morada no hay un mes, que ha tenido con Alberto una conversacion larga y secreta? Oh! esto es demasiado cierto! añadió entregándose á todo su dolor, y no sé si la inquietud no es en mi corazon mas fuerte que la indignacion. Perdon, Dios mio! no debería decir esto; pero soy madre...

La puerta se abrió de improviso, y entró un jóven embozado en su capa.

—Alberto! exclamó la señora de Guzman dando un grito.

—Hermano mio! dijo Juan que se apresuró á encender un cirio.

Apenas la luz se hubo esparcido en la habitacion, cuando Juan y su madre exclamaron aterrorizados: habian fijado la vista en Alberto. El desgraciado jóven, alterada la respiración y fatigado, se habia dejado caer sobre una silla; su rostro estaba pálido y contraído, y sus ropas en desórden, y sus manos teñidas de sangre.

—Un vaso de agua, hermano! un vaso de agua! fué su primera palabra.

Juan, evidentemente turbado, se apresuró á satisfacerle.

—Está herido! exclamó la señora de Guzman luego que hubo recobrado el uso de la palabra.

Y se precipitó hácia su hijo para socorrerle; mas este la separó con amabilidad.

—No, madre mia; no, gracias al cielo! me he salvado de la horrorosa carnicería; estoy sano y salvo, á despecho de los asesinos y de los verdugos.

—Qué quieres decir, Alberto?

—Qué ha pasado, hermano?

—Una mortandad execrable que se escribirá en la historia con caracteres de sangre!... Algunos protestantes, madre mia, hombres de paz y de devocion, estaban reunidos en un granero, al fin de un arrabal de Gante, estaban recogidos rezando, y el oficio se celebraba, cuando de pronto suenan clarines: es el duque de Alba.... cobarde!... que pasaba escoltado por una tropa de pisaverdes y de donceles.... Estos abortos del infierno se atreven á insultarnos!...

—Tú estabas con ellos, hijo mio? exclamó de pronto la se-

:

ñora de Guzman, con voz profundamente conmovida.

—Con ellos estaba, madre mia, respondió Alberto, poniéndose en pié, y tomando poco á poco animacion su semblante; estaba con ellos, y no me pesa...

La madre escondió su cara entre sus manos, mientras que Juan escuchaba temblando la relacion de su hermano.

—Eran trescientos, por lo menos, los verdugos! Todos armados.... Nosotros éramos sesenta, sin armas y rezando.... Se han arrojado sobre nosotros. Despues de las injurias, han pasado á los golpes, y los asesinos han degollado á todos nuestros hermanos, sin piedad ni misericordia!... Dós somos solamente los que escapamos de la mortandad. Oh! duque de Alba! la sangre quiere sangre; con esa carnicería has encendido una guerra terrible en los Países Bajos.

—Me haces estremecer, hijo mio, con esas palabras amenazadoras.

—Oh! si lo hubieseis visto, madre mia! Era Herodes degollando los inocentes!...

—Era Jehn, señor, era Jehn, santificando sus manos en la sangre de los impíos! respondió la madre, que tambien se habia puesto en pié.

—Son mártires! Pobres hermanos! mártires de una religion nueva!...

—Así, Señor, continuó la señora de Guzman, con voz trémula habeis abandonado la fé de vuestros padres?

—La he abandonado!...

—Marchaos pues, señor, dejad esta casa, que no debe servir de abrigo á un herege.... Marchad, yo os maldi....

—Piedad! madre mia! exclamó Juan, poniéndose de rodillas ante la señora de Guzman, no acabeis de pronunciar esa funesta palabra.... Piedad para mi hermano! para vuestro hijo.

La desgraciada madre cayó de nuevo sobre la silla inundada en lágrimas.

—Mañana al romper el dia habré dejado esta casa, de la cual se me expulsa. Adios, madre! dijo Alberto, que hacia vanos esfuerzos para dominar su agitacion.

Dió algunos pasos para salir, mas al llegar al umbral de la puerta se detuvo, y pareció dudar un instante; despues precipitándose á los pies de su madre, cogió su mano, y la besó rompiendo en sollozos. Alberto se levantó, atravesó la sala con un paso firme, y al salir:

—Marcharé! dijo Alberto.

—Tomarás las armas en favor de los protestantes?

—Sí, Juan.

—Tengo diez y siete años, hermano, y mañana me alisto en el partido católico.

—Haga Dios que no nos encontremos uno en frente del otro y con las armas en la mano.

—Así sea!

II.

Los protestantes de los Países Bajos, rebeldes al gobierno de Felipe II, se habían declarado contra el duque de Alba, gobernador de aquellos estados, y entregándose á los mayores excesos contra los católicos, Dos meses han transcurrido apenas desde la escena del precedente capítulo, y muchas ciudades han caído en poder de los protestantes, y otras muchas reconquistadas por los católicos.

Toda la guarnición de una ciudad pequeña de la Bélgica, recientemente tomada por los luteranos, ha sido reunida en la plaza principal, y parece esperar la llegada de un jefe. Un hombre de cerca de cuarenta años se presenta en fin acompañado de un jóven, á quien dá el brazo familiarmente. Este hombre es el baron de Adrets, guerrero de corazón duro. Su llegada á la plaza fué recibida con aclamaciones; recorrió las filas de los soldados, hablando á unos y á otros; después volviendo donde estaba el jóven que le acompañaba:

—Alberto, le dijo, todo vá bien; nuestras tropas han tomado algun descanso, y en el tiempo presente no se permanece mucho tiempo sin pelear algun poco. Voy á marchar con los nuestros; he sabido que el duque de Alba, que ocupaba á Amberes, acaba de subir hácia el norte. Voy á interceptarle el camino....

—Pero estais bien cierto, capitán?

—Si estoy bien instruido del itinerario?... perfectamente. Mientras mi querido teniente dormía esta noche, la ronda nos ha hecho una presa, un jóven teniente del de Alba, un doncel sin barba ni bigote. Bajo mi promesa de dejarle la vida, me ha revelado el secreto de la marcha de su gefe.

—Y el jóven, el teniente? preguntó Alberto.

—El jóven, señor Alberto? replicó el baron de Adrets con una sonrisa algo expresiva, mantendrémos la promesa que le hemos hecho.... Le hemos prometido la vida, se la dejaremos durante ocho dias.

—Y pasado ese tiempo? preguntó el teniente con interés.

—Transcurrido ese tiempo, veremos si no nos ha engañado, y entonces tomando su traicion por un buen arrepentimiento, publicaremos sus servicios entre los católicos. Por último, señor Alberto, ved aquí un papel que contiene mis instrucciones. Quedais con mis plenos poderes en esta ciudad durante mi ausen-

cia; mas si os aconteciese quebrantar mis instrucciones, os trataré como católico, á fé de caballero! por mas buen luterano que seais.

—Vamos, continuó dirigiéndose á los trompetas, tocad una llamada para anunciar la marcha.

La órden fué ejecutada en los cuatro ángulos de la plaza, y durante una hora estuvo la ciudad entregada á la ruidosa agitación, que acompaña siempre una marcha militar. Al cabo de ese tiempo, calmó el ruido, y cesó la agitación poco á poco, y el teniente del baron de Adrets se encontró solo, al frente de cien hombres, y encargado de la defensa de la plaza.

Luego que hubo colocado los centinelas y establecido órden sobre la muralla, Alberto trató de abrir el papel que contenia las instrucciones del baron. Este papel contenia órdenes para la seguridad de la plaza, consejos en caso de sorpresa, y en fin el mandato de interrogar al prisionero, saber su nombre, que el capitan no habia pensado en preguntarle, y tenerlo bien custodiado temiendo no se escapase.

—*Os trataré como católico, aunque sois buen luterano*, se dijo Alberto cuando estuvo solo.... Estas son sus palabras.... El lobo cervical querrá dos presas en lugar de una?... Por qué tendrá interés por este prisionero?... por un cobarde que hace traición á su partido, que vende los secretos de su jefe? No, no, no hay piedad para un cobarde de cualquier partido que sea!... Ejecutemos nuestras órdenes y examinémoslo.... En cuanto al capitan, por el Eterno, juro separarme de él en la primera ocasion!... La sangre derramada en un combate es una necesidad de la guerra; mas la que derrama el verdugo ofrece un espectáculo demasiado molesto.

En medio de estas reflexiones, llegó á la casa principal de la ciudad, donde el capitan y él debian alojarse.

—Larchaux! dijo dirigiéndose á un lancero de guardia á la puerta, que hagan venir al prisionero detenido esta noche!

Entró en una gran sala que servia de locutorio, y habiendo hecho salir á cuantos allí se hallaban, esperó la llegada del católico.

La puerta se abrió muy pronto, y volvió á cerrarse despues de haber entrado un jóven, cuyo aspecto noble y guerrero no traia señal alguna de inquietud ó de temor. Alberto estaba sumido en sus pensamientos, y la entrada del jóven no le habia distraido; no levantó pues la cabeza, y guardó silencio. El primero pareció impacientarse.

—Estoy en vuestro poder, señor, dijo: qué mandais?

—Hermano, exclamó Alberto, que se levantó de pronto, y retrocedió algunos pasos como aterrado.

—Alberto! dijo Juan lleno de la misma sorpresa.

Sin proferir una sola palabra, ambos quedaron inmóviles mirándose fijamente. La mas violenta agitacion se leia en sus facciones, pero era imposible saber que sentimiento la hacia nacer. Un momento hubo lucha en su corazon, un solo momento! El odio de partido se olvidó; el hermano fué preferido al enemigo, y se arrojaron en los brazos uno de otro.

—Hermano! exclamaron á un tiempo, apretándose las manos.

Despues sucedió un momento de silencio.

—Dios no nos ha escuchado, Alberto, nos ha puesto en esta situacion como enemigos!

—Es verdad, Juan!

—Pues bien, es menester someternos á su voluntad, hermano mio; soy tu prisionero....

—Qué me recuerdas?

—Tu deber.

—Oh! desgraciado hermano, si no hubieses olvidado el tuyo, no estarias aquí en este momento en presencia de tu hermano, que tiembla por tí....

—Qué quieres decir?

—Oh! Juan, no me fuerces á recordarte una cosa vergonzosa.... tú has hecho traicion á los tuyos, descubriendo los secretos del duque de Alba.

Juan miró á su hermano seriamente, y luego una sonrisa desdenosa pareció sobre sus labios.

—Y tú tambien, Alberto, tú puedes pensar que Juan de Guzman se ha manchado con una vileza!

—Luego no es cierto?

—No es cierto!... solo estoy aquí en virtud de las órdenes del duque de Alba; solo he hablado por su orden; se necesitaba alguien que arriesgase su vida para ejecutar esta comision, y yo lo he hecho.

—Oh! Dios mio! exclamó de pronto Alberto.... comprendo cual era el interés que anticipadamente me inspiraba el prisionero! Pobre Juan!... Sí, sí, tú decias verdad.... mas es menester salvarte.... Oh! no conoces la crueldad del baron de Adreïs.... no tendrá piedad ni de tu juventud, ni de tu valor.... es menester que yo te salve.

—Será imposible, hermano, replicó Juan, perdiendo poco á poco el aire severo que habia tomado. Salvarme sería perderte, y yo no lo consentiré.... Tu jefe, tan cruel como el mio, no conoce la piedad, y aun cuando la conociese, no soy hombre capaz de implorársela... Me ha prometido la vida....

—Mentira!

—Y si yo no le engañase.

—Pero lo has engañado!

—Sí....

—Infeliz! solo te quedan ocho dias de vida, replicó Alberto con los ojos llenos de lágrimas. Oh! pero no, tú marcharás hoy?... yo te facilitaré los medios...

—Sufriré la suerte que me espera, hermano; además, quién sabe si de aquí allá, el duque de Alba vencedor no me habrá salvado?...

—Vana esperanza!

—Oh! mas si tú puedes procurarme los medios de salir de esta plaza por algunos dias, te lo suplico, mi hermano querido, porque tú lo eres siempre, permíteme ir á abrazar á nuestra madre.... aunque sea un instante.... despues vuelvo á morir.

—Nuestra madre... Juan... nuestra madre. Oh! cuántas lágrimas ha debido derramar pensando en mí...

—Si quisieras, Alberto, te era fácil consolarla...

—Cómo?

—Abandonar tu partido... venir conmigo y arrojarte en sus brazos diciéndola: madre mia, abjuro mis errores,

—Una vileza!... irás solo... al instante.

Larchaux? continuó llamándolo. Es un hombre de mi devoción, de quien nada temo. Larchaux?

El soldado entró.

—Este prisionero es mi hermano, Larchaux; quiere ir á abrazar á nuestra madre antes de...

—Antes de morir, ¿por qué no concluyes la frase, hermano?

—Quieres ganar mi amistad y dos monedas de oro? dijo Alberto al soldado enjugándose una lágrima.

—La amistad solamente... guardad el oro. ¿Qué hay que hacer?

—Conducirlo á la poterna sin ser visto.

—Venid.

Los dos hermanos se abrazaron antes de separarse, y cuando Juan estuvo á punto de partir, Alberto le detuvo:

—Hermano, le dijo con voz llorosa, vas á ver á nuestra madre, tú que no has sido expulsado... abrázala una vez pensando en mí, y háblale si puedes sin irritarla de un hijo que ha nialdecido... pero que la ama siempre... á Dios! á Dios!

Cerró rápidamente la puerta, y volviendo á sentarse, ocultó su rostro en sus manos, y permaneció largo tiempo en esta postura.

Una hora despues, Juan salia por un lado de la ciudad, en tanto que por la puerta opuesta sonaban las trompetas y el rumor anunciaba la llegada de una tropa. Se vino á dar aviso á Alberto, que pensando en la falsa noticia de la retirada del duque de Alba, creyó que los católicos hacian una tentativa de asalto, y se preparó para defenderse hasta morir. Era una falsa



alarma; la causa del ruido era la vuelta del baron de Adrets. Estaba furioso.

—He sido engañado, exclamó luego que vio á Alberto. El mozalvete que hemos cogido es un embrollon, y sin un buen aviso que me ha dado un religionario de la provincia, la plaza desguarnecida hubiera sido tomada por asalto durante la noche... Por Satán, quiero que esa lengua que ha mentido sea cortada al instante. Que el verdugo caliente sus hierros.

Al oír estas palabras pronunciadas por el baron irritado, cuyos ojos lanzaban llamas; Alberto se sintió desfallecer. Mas recobrando pronto su energía, y bajo pretexto de dar algunas órdenes buscó á Larchaux.

—Corre en pos de mi hermano; dile que se oculte, y no vuelva nunca aquí!... que le importa la vida... vé...

Larchaux partió corriendo, y Alberto volvió al lado de su jefe, que lo llevó con paso rápido á la sala locutorio.

Mi prisionero! exclamó dando un puñetazo sobre una mesita que partió del golpe, mi prisionero!... Hoy quiero hacer de verdugo, y cortarle yo mismo su lengua perjura.

El baron estaba poseido de uno de los mas violentos accesos de cólera; la sangre inflamaba sus ojos, y enrojecía sus mejillas; se paseaba con precipitacion, rompiendo por todos lados lo que tenia á la mano.

—Teniente! gritó volviéndose á Alberto, qué quiere decir esto?... No se encuentra ya ese jóven?

Los soldados que volvieron declararon no haberle visto en su prision.

—Ah!... el pájaro ha volado!... dijo mirando á Alberto de una manera espantosa. Oh! bien, el pajarero le reemplazará. Tú has dejado escapar el prisionero.... Confiesa! confíésalo!

—Capitan, yo me he obligado á servir bajo vuestro mando no como esclavo, sino como soldado. Soy caballero, y no me conviene ser tratado así....

Tú no respondes á mi pregunta, replicó el baron, echando espumarajos de rabia; mi prisionero!

—Aquí está! exclamó Juan, que entraba sin aliento.

Alberto se quedó helado, y el baron un poco desorientado: no habiendo ya un motivo para su reprimenda al teniente.

—¡Verdugo! dijo, los hierros estan hechos ascuas.

Un rumor se oyó entre los soldados.

—Qué significa eso? preguntó el baron; si descubro la lengua que ha murmurado, la trataré como á la que ha mentido.

—Desgraciado! qué has hecho? dijo Alberto pasando al lado de su hermano.

—Lo que me prescribia el honor, hermano.

—Verdugo, dijo el capitan viendo entrar el ejecutor, te entrego ese mozalvete.... para....

—A las armas! á las armas! gritaron por todas partes fuera de aquel local.

Hombres armados entraron en la sala: El duque de Alba se aprovechaba de la noche para dar un asalto.

III.

Los preparativos de defensa no permitieron al baron de Ardetz continuar su obra de venganza.

—Que el doncel sea conducido de nuevo á la prision; dijo con prontitud, y que ahora se le cargue de cadenas. Larchaux, añadió dirijiéndose al soldado, te he visto poco há entre los descontentos; para castigarte, te privo de combatir á nuestro lado esta noche; guardarás al prisionero sin separarte de su lado.

Juan fué cargado de cadenas, y conducido por el soldado, que rápidamente miró á su teniente. Esta mirada significaba mucho. Y en efecto, si el baron hubiese conocido el parentesco de Juan de Guzman con su teniente, toda esperanza de evitarle el suplicio se perdía.

Pronto se oyeron las descargas; el baron, guerrero hábil, puso en juego todo su valor para defender la plaza; Alberto, intrépido y lleno de sangre fria, peleó á su lado como hombre que no teme la muerte; y las tropas del duque de Alba fueron rechazadas.

Durante el momento de desórden que produjo el combate, el capitan se aproximó á Alberto, y le dió la mano.

Alberto de Guzman, le dijo, has peleado como un valiente luterano; he hecho mal en sospechar de tí. Quiero reparar mi falta encargándote una comision difícil y peligrosa; se trata de atravesar por el campamento del duque de Alba, para llevar á Lieja un pliego. Puedo contar contigo?

—Sí, capitan, algunos minutos para prepararme, y parto.

—Muy bien! Vé pues á ponerte en estado de partir. Voy á preparar el pliego.

Alberto se separó; pero en lugar de ir á su cuarto, corrió apresuradamente á la prision. Juan estaba pálido, no por temor de morir, sino por el sentimiento de no haber podido abrazar á su madre antes del momento fatal.

—Quitale esos hierros, dijo Alberto á Larchaux.

El soldado obedeció.

—Y ahora, hermano, es preciso que te marches!... es necesario huir, ó pereces!...

—No me voy, Alberto, replicó Juan de Guzman con calma.

—Quieres pues morir, desgraciado jóven?

—Mas quiero mi muerte que la tuya.
—Cómo?

—Este soldado me lo ha contado todo; la ira del tigre habia descargado sobre tí, pobre hermano! Y hoy no quiero partir, porque comprendo tu generoso sacrificio.

—Juan, te han engañado acerca del riesgo que yo corria... Piensa en el pesar de nuestra madre....

—Oh! no pronuncies esa palabra, Alberto! Esta memoria de mi madre es la única que es capaz de impedirme morir dignamente!

Juan estaba visiblemente conmovido, y con los ojos llenos de lágrimas.

—Tú la dirás, porque ella te perdonará, Alberto, cuando sepa todo lo que has hecho por mí; la dirás que he muerto.... Sobre el campo de batalla....

Mas, te lo ruego! no le hables del verdugo! añadió estremeciéndose.

—No! no! tú partirás al punto.... yo lo quiero!
—Yo permaneceré....

—Oh! te comprendo, exclamó Alberto; quieres que tenga que reprenderme tu muerte....

—Oh! hermano mio! no hables así!....

—Pero primero la muerte.... Tomad, señor, tomad este puñal, y matadme, si quereis morir.... porque yo no he de sobrevivir á vuestra pérdida, y no quiero ser vuestro asesino.

Sacó un puñal de su cinto, y lo presentó á su hermano.
Este lo tomó, y arrojándole lejos:

—Alberto, mi buen hermano.... por piedad.... sé generoso!... no me trates así.... no me propongas una villanía!... mi salvación á costa de tu muerte!....

—Nada escuchó!... quieres partir?

—No dejaré esta prision sino para ir al suplicio.

—Quedaos pues con Dios, señor.... con esa terquedad me enseñais lo que me queda que hacer!

Y salió friamente como un hombre muy ofendido.

—Hermano! exclamó Juan sin poder retener su llanto.

—Oh! yo lo salvaré! yo lo salvaré! dijo para sí Alberto volviendo á la presencia del baron de Adrest, pero cómo?... Declarar al baron que es mi hermano.... es apresurar su muerte, porque el capitan tendrá por una fortuna hallar una ocasion para probar que los vínculos de la sangre no son nada para él, cuando se trata de religion....

El teniente recibió de la mano de su capitan el pliego, y despues de algunas instrucciones verbales, salió de la ciudad.

Apenas habia dos horas que Alberto habia marchado, cuando el baron, que habia tomado algun descanso, despertó. Su pri-

mer pensamiento fué el prisionero: dió orden que lo trajesen, y que el ejecutor estuviese preparado para cumplir con su oficio en la gran plaza.

Juan fué conducido ante el cruel comandante.

—Ya véis, embustero maldito, exclamó Adrest, cuando le vió; por tí nos hubieran arrebatado esta ciudad.

—Así lo esperaba, respondió Juan con calma.

—Luego con esta intencion te dejastes cojer, traidor!

—Sí!

—Esa es tu sentencia de muerte.

—Lo sé... Date pues prisa á ordenar el suplicio. Mas teme la venganza de Dios.

—La mia está mas próxima, dijo Adrest nuevamente encolezado con esta amenaza: iba á dar orden de que llevasen al desgraciado jóven, cuando vinieron á anunciarle, que se habia presentado un parlamentario ante las murallas de la ciudad.

—Qué nos pide todavía? Que entre.... mas esto no te salvará, dijo á Juan.

—Gracias! respondió Juan con arrogancia, porque empezaba á serme odiosa tu presencia.

A una señal se llevaron á Juan, é introdujeron al parlamentario.

—Qué os trae, señor? preguntó Adrest irritado.

—Vengo á reclamar un prisionero que teneis en vuestras manos....

—No es ya tiempo!

—Entonces, me retiro, señor de Adrest, y voy á disponer el suplicio de Alberto de Guzman, vuestro teniente.

—Qué decís? exclamó admirado el baron.

—Digo, que esta noche despues del asalto se ha cogido á vuestro teniente; que no se le ha hecho ninguna violencia, y que os propongo cangear su vida con la de Juan de Guzman.

—Juan de Guzman, repitió el baron, su hermano!... El traidor se ha dejado cojer para salvarle... Lo abandono!

—Está bien! voy á disponer que se le registre, porque sabemos lleva un mensaje importante. Mientras hemos tenido esperanza del cange, el duque de Alba ha ordenado que vuestro teniente fuese respetado.

—Deteneos! dijo Adrest, despues de haber reflexionado un poco, consiento en el cange. Llamó en voz alta, y se presentó un soldado.

—Lleva esta orden al ejecutor, y dile que suelte su presa.... pero que se tranquilice, pues tendrá hoy otra, y siempre será la misma sangre la que derrame.

El ejecutor acababa de apoderarse de Juan, cuando llegó el mandato; pero todos recibieron la noticia con placer, por-

que el valor de Juan le había grangeado numerosos admiradores.

El prisionero fué entregado al parlamentario, y un señor protestante le acompañó para traer á Alberto, que debía encontrarse á la mitad del camino del campamento y de la ciudad.

El encuentro fué alegre. Alberto estaba lleno de satisfacción. Juan había sabido por el oficial católico la conducta de su hermano, que se había dejado cojer por el duque de Alba para salvarlo: se arrojó á su cuello.

—Hermano, le dijo... te debo la vida... No te volveré á ver?

—Me volverás á ver en casa de mi madre, Juan, porque me retiro del servicio de este carnicero, sin abandonar por eso mi religion.

—Cuidado, dijo el oficial á Alberto, que llamó aparte para que no le oyese el luterano que le acompañaba, quiere quitarnos la vida. No os presentéis allí.

—Me presentaré, replicó Alberto, iré á devolverle su mensaje.

Los dos hermanos se citaron para dentro de ocho dias en el castillo á las inmediaciones de Gante.

Cuando Alberto volvió á la plaza encontró al baron en la muralla.

—Que cierren las puertas, exclamó este, señor de Guzman, añadió, venís á darme cuenta de mi mensaje?

—Sí, capitan, respondió el teniente con firmeza, vengo á decirlos que rehuso llevarle, y que estoy cansado de servir bajo las órdenes de un verdugo.

—Está bien! dijo Adrest sin poderse contener; sin embargo, os juro que aun hoy tendreis que hacer todavía con el verdugo.

—Que lo prendan! pero ninguno se movió; Alberto era amado de los soldados. Pues qué no habrá nadie que me obedezca?

—Nadie, ya lo veis, respondió Alberto con calma.

En este momento trajeron todas las llaves de las puertas al capitan.

—Bien! dijo éste sonriéndose; ahora no te escapas, Alberto de Guzman, y si no se presenta ningun soldado para prenderte, tendré tiempo para encontrar quien lo haga, porque todas las puertas estan cerradas.

—Menos ésta, exclamó Larchaux, llevando á su teniente hácia una de las poternas, que habia quedado abierta por su prevision.

Adrest se entregó á una cólera impotente; dispuso hacer fuego sobre los fugitivos, y sonaron algunos tiros; mas los soldados dispararon sin hacer puntería.

Alberto y Juan fueron exactos en acudir á la cita cerca de su madre. La pobre mujer perdonó lo que ella llamaba el error de su hijo mayor, y prometió no hablarle jamás de religion.

—Te debo la vida, hermano, repetia Juan sin cesar; cuándo pues podré pagar estas deudas?

Algunos años despues se presentó la ocasion. La madre de los Guzmanes murió, y su hijo Juan entró en el convento de Santo Domingo de Bruselas. Fué uno de los miembros del tribunal de la Inquisición que tan activamente persiguió los luteranos en los Países Bajos. Presos varios protestantes, lo fué entre ellos Alberto de Guzman, y su hermano, no solo con su influencia le salvó la vida, sino que con su ejemplo y persuasion le tornó al sendero de la religion verdadera, de que se habia apartado. Ved como el cielo recompensa siempre el ser buenos hijos y buenos hermanos.

M.



LAS AVES EMIGRADAS.

Oh, mis alegres cantores!

Yo en otro tiempo os decia:

Del invierno los rigores

Se acercan, que ya las flores

Deshoja la escarcha fria.

Mustio el cedro, desfallece,

Y la humilde enredadera,

Falta de vida, perece,
Pues benigna no la mece
El aura de la ribera.

Seco ya el tierno boton
Del tejo y del alto pino,
Cuando silba el aquilon,
Lamentan en triste son
Su infortunado destino.

El ábrego ha reemplazado
De mi florido verjel
Al ambiente regalado,
Y las nieves en tropel
Mi cabaña han asaltado.

Cuando los cierzos bravíos
Vuelan con sordo rumor,
Y se embravecen los ríos,
¡Oh pobres pájaros míos!
¿No os sobrecoje el temor?

¿Do colocais vuestro nido?
¿Dónde agitaís vuestras alas,
Cuando el norte enfurecido
Yerina el espacioso egido,
Robando al campo sus galas?

¿Os cobijais so la encina
Si la nieve se desprende,
O el instinto os encamina
A alguna torre vecina,
Que de la escarcha os defiende?

—No, me decís, que la torre
Con su humedad nos aleja;
Ni la encina nos acorre,
Que un viento frío allí corre,
Y tiritando nos deja.

Cuando bramador el noto
Las dulces brisas ahuyenta,

Abandonamos el soto,
Y otro sitio mas remoto
Nos acoje y alimenta.

Y del bosque en la espesura
Toda la bandada espera,
A que del sol la luz pura
Vuelva al prado su verdura
Con la hermosa primavera.

Azulado ya el cielo, el sol riela,
Vertiendo sobre el monte rayos de oro
La mariposa por el campo vuela;
Y pastor y zagal cantan en coro.
El trigo de los llanos verdeguea;
Florece los arbustos de mi huerto;
La brisa con su aliento el prado orea,
Y escucho de las aves el concierto.

Venid, mis pobres cantores,
Y vuestros nidos formad
Con las hojas de las flores;
Venid, que aquí no hay azores,
Y vuestra dicha cantad.

Tres meses he lamentado
Vuestra ausencia prolongada;
Mas de gozo enagenado,
Olvido el dolor pasado
Al veros en mi morada.

J. M. TENORIO.

